

Conocer Valladolid 2022

XV Curso de patrimonio cultural



REAL ACADEMIA DE
BELLAS ARTES DE LA
PURÍSIMA CONCEPCIÓN



Ayuntamiento de
Valladolid

ÍNDICE

I . VALLADOLID SUBTERRÁNEO

- Nuevas cábalas sobre la autoría del hallazgo de la Edad del Bronce realizado en 1832 en las obras del canal de Castilla a la altura de Cigales (Valladolid)** 13
GERMÁN DELIBES DE CASTRO | Académico
- La población neolítica del valle medio del Duero: resultados del estudio del osario del dolmen de Los Zumacales (Simancas, Valladolid)** 31
ANGÉLICA SANTA CRUZ DEL BARRIO | Universidades de Salamanca y Valladolid
- Hitos en la formación del patrimonio arqueológico vallisoletano** 55
ELOÍSA WATTENBERG GARCÍA | Académica

II. VALLADOLID. ARQUITECTURA Y URBANISMO

- El convento y la ciudad. Apuntes sobre una Valladolid escondida (entre muros y tapias)** 77
JUAN LUIS DE LAS RIVAS SANZ | Académico
- Herramientas para la intervención en el patrimonio arquitectónico. Tecnología aplicadas al análisis y diagnóstico** 93
DAVID MARCOS GONZÁLEZ - JESÚS I. SAN JOSÉ ALONSO | ETSA, UVa

III. VALLADOLID ARTÍSTICO

- El desaparecido convento de la Madre de Dios, de Valladolid** 117
M.^a ANTONIA FERNÁNDEZ DEL HOYO | Académica
- Juan José Martín González (1923-2009). En el centenario de su nacimiento . .** 157
JOSÉ CARLOS BRASAS EGIDO | Académico
- «Donum civitati». La colección del Museo Nacional de reproducciones artísticas del Museo Nacional de Escultura** 173
ALBERTO CAMPANO | Museo Nacional de Escultura

IV. VALLADOLID INTANGIBLE

- El cine en Valladolid: precedentes y publicidad** 201
JOAQUÍN DÍAZ | Académico
- San Francisco de San Miguel. Vida, martirio e iconografía** 225
ROBERTO BLANCO ANDRÉS | Doctor en Historia

El convento y la ciudad.

Apuntes sobre una Valladolid escondida (entre muros y tapias)

JUAN LUIS DE LAS RIVAS SANZ | Académico

Cuando la ciudad se asoma al siglo XVI está... inmersa en una actividad febril. Hasta ese momento ha aprovechado al máximo sus posibilidades geográficas y la historia ha seguido su curso: establecimiento de iglesias y conventos de las grandes órdenes, llegada de una mano de obra en gran parte mudejar, despegue comercial favorecido por una comunidad judía cuya continuidad será asumida por los conversos... En cuanto a la nueva coyuntura económica, fruto de los grandes descubrimientos, sabemos que ha estimulado... la industria de las ciudades castellanas. Pero Valladolid va a beneficiarse además de unas oportunidades políticas que le son propias y de la promoción social que este afortunado destino político conlleva. Al comenzar el siglo XVI todo parece anunciar una nueva y considerable expansión.

Bartolomé Bennassar

1. Memoria e historia. Las escalas de la ciudad palimpsesto

El trabajo de Bartolomé Bennassar (1929-2018) arriba citado, publicado por primera vez en Francia en 1967¹, fue sin duda pionero en su tiempo por el enfoque y el uso de fuentes en la historia de una ciudad. Valladolid, cualquier ciudad, crece con este tipo de investigaciones, que son también patrimonio urbano. La ciudad había ido consolidando su relevancia a lo

¹ Bennassar, Bartolomé, 1967: *Valladolid au siècle d'or. Une ville de Castille et sa campagne au XVIe. Siècle*. Paris-La Haya: Mouton; y 1983: *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, Ayuntamiento de Valladolid.

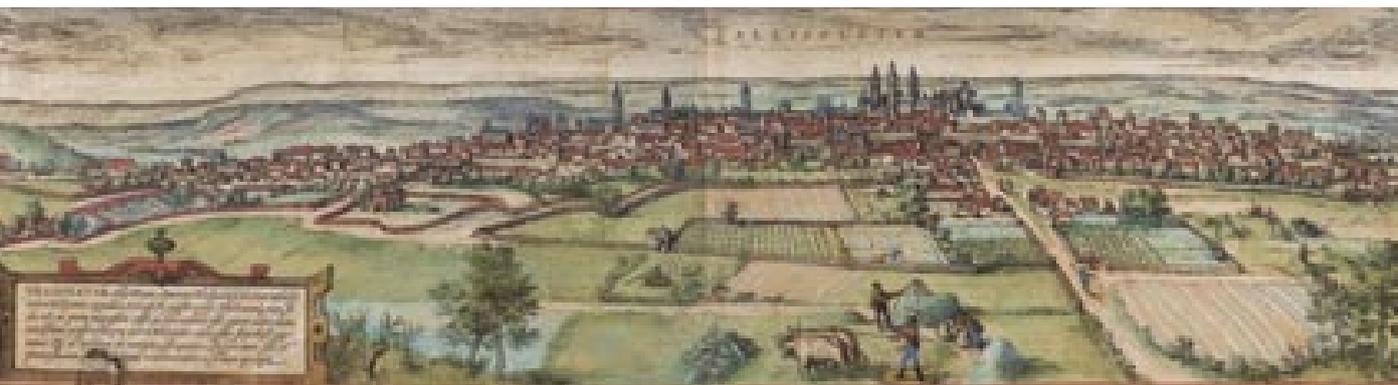


Fig. 1: Valladolid. *Civitates Orbis Terrarum*, Georg Braun y Franz Hogenberg, 1572-1617.

largo del siglo XV y entra en el siglo XVI, como indica Benassar, dispuesta a “beneficiarse” de oportunidades políticas excepcionales y a experimentar una “nueva y considerable expansión”. Valladolid adquirió a lo largo del siglo XVI el carácter urbano que todavía hoy la identifica. En este sentido, el texto que aquí propongo, fruto de una conferencia del ciclo “Conocer Valladolid” de la Academia, se relaciona con ese tiempo de transformación desde la distancia impuesta por el propio devenir temporal. Interesado como estoy en la comprensión de la ciudad actual y en fundamentar una perspectiva urbanística capaz de administrar esta ciudad real tanto desde el respeto al legado histórico como desde su apertura al mejor futuro, la ciudad del Renacimiento emerge con elocuencia en sus vestigios, en las huellas construidas de un pasado excepcional que ha de ser interpretado correctamente para permanecer vivo. Me voy a mantener, sin embargo, en los límites de los grandes acontecimientos urbanos, sin abundar en ellos, para tratar de vislumbrar algo menos evidente y tratado habitualmente como tema menor, la ciudad conventual, atrapada hoy y contenida por la Valladolid contemporánea, una ciudad apenas visible y que vive en el instante crítico y previo a su desaparición.

Y lo voy a hacer fijándome en una cualidad de esta ciudad hecha de fragmentos, en sus espacios vacíos bien delimitados, pero no construidos, porque los conjuntos conventuales que perviven en el centro de Valladolid no son sólo edificios, sino tapias y huertos, claustros ajardinados y patios, más o menos conservados. Por eso me gusta más el título del libro de Benassar en francés, que habla de la ciudad y de “su campo” –*une ville... et sa champagne*–, porque es en ese campo concreto, hecho de lugares, quintas o riberas y cultivos, no en un entorno abstracto, donde la ciudad va a crecer y llegar a ser lo que hoy es. Propongo para ello un paseo hecho de apuntes, no un gran relato, en el que mi condición de arquitecto y de urbanista proyecta su mirada sobre la ciudad histórica para facilitar su lectura. No soy un historiador de la ciudad, mezclo observaciones en un ir y venir por recuerdos personales y colectivos, construidos por otros. Siempre me convenció la idea con la que L. P. Hartley comenzaba su novela “The Go-Between” (1953), «*The past is a foreign country; they do things differently there*», que David Lowenthal (1923-2018), coetáneo de Benassar, utilizó para su conocido libro sobre la captura, la recuperación y el “uso” del pasado². De

² Lowenthal, David, 1998, “El pasado es un país extraño”, Madrid: Akal.



Fig. 2 y 3: Las escalas de la Valladolid histórica son reconocible en algunos lugares, Calles Chancillería e Isidro Polo (Judería).

nuevo la traducción minor la idea, porque el pasado no es tanto un país extraño como un país extranjero, allí donde nuestra capacidad de reconocimiento se mezcla con aquello que nos es profundamente ajeno.

En cierto modo, el paseo por la “ciudad histórica” es imposible porque ésta se corresponde con una sucesión de ciudades necesariamente perdidas. Se habla de palimpsesto para referirse no tanto a los restos del pasado, sino al proceso de construcción histórica, de ciudad sobre ciudad, que recuerda a un proceso de re-escritura sobre un soporte en el que lo anterior no se borra del todo. Esas ciudades del pasado están aquí, con su materialidad y sus formas, en sus vestigios reutilizados y modificados, sometidas a relatos dispares, casi siempre interesados³. El concepto de “ciudad histórica” es confuso en contextos de amplia trayectoria urbana como la nuestra, donde hay un universo de interferencias históricas y culturales. Tengamos en cuenta al menos que, al referirnos en la ciudad del presente a la ciudad del pasado, nos referimos a una diversidad de situaciones reconocibles o no en la geometría de la ciudad, en sus trazas, en sus edificaciones y en sus espacios públicos más relevantes, pero también en determinados fragmentos urbanos donde existe una particular atmósfera o presencia del pasado.

Lo explicaba con claridad Aldo Rossi en un conocido párrafo de “La arquitectura de la ciudad”:

Al describir una ciudad nos ocupamos preponderantemente de su forma; ésta es un dato concreto que se refiere a una experiencia concreta: Atenas, Roma, París. Esa forma se resume en la arquitectura de la ciudad... Ahora bien, por arquitectura de la ciudad se puede entender dos aspectos diferentes; en el primer caso es posible asemejar la ciudad a una gran manufactura, una obra de ingeniería y de arquitectura, más o menos grande, más o menos compleja, que crece en el tiempo; en el segundo caso podemos referirnos a contornos más limitados de la propia ciudad, a hechos urbanos caracterizados por una arquitectura propia y, por ende, por una forma propia... También sucede que mientras visitamos este palacio, y recorremos una ciudad

³ De las Rivas Sanz, J.L., 2009, “Ciudad sobre ciudad. Interferencias entre pasado y presente en Europa”, en “Ciudad sobre ciudad” Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León, Valladolid.

*tenemos experiencias diferentes, impresiones diferentes. Hay personas que detestan un lugar porque va unido a momentos nefastos de su vida, otros reconocen en un lugar un carácter fausto; también esas experiencias y la suma de esas experiencias constituyen la ciudad. En este sentido, si bien es extremadamente difícil por nuestra educación moderna, tenemos que reconocer una cualidad al espacio. Este era el sentido con que los antiguos consagraban un lugar, y éste presupone un tipo de análisis más profundo que la simplificación que nos ofrecen algunos tests psicológicos relacionados sólo con la legibilidad de las formas.*⁴

Más allá del acercamiento subjetivo a la ciudad, inevitable y a la vez imprescindible, Rossi ofrece un doble camino para el reconocimiento del sustrato histórico de la forma urbana en los que interaccionan las partes y el todo. Podemos aproximarnos a la ciudad en su conjunto, considerarla un gran artefacto (“manufactura”) dotado de una peculiar identidad que puede ser caracterizada. A la vez, determinadas partes de la ciudad, distinguibles con claridad, son en sí mismas una singular obra de arte. Dos grandes conjuntos de nuestra ciudad, cuya sustancia es el vacío, dan buena cuenta de ello. La pionera Plaza Mayor de Valladolid y su entorno, resultado del proyecto trazado tras el incendio para el centro de la ciudad por Francisco de Salamanca en 1561, es sin duda alguna una pieza urbana excepcional. Levantada en ese momento espléndido de Valladolid que relataba Bennassar, las dimensiones de la plaza, 400 pies de largo (121,92 m.) y 266 de ancho (81,07 m.), con una superficie casi mítica de una hectárea (9.884 m²) no son lo más relevante. Lo es el conjunto articulado por un sistema de espacios públicos servidores y servidos, de plazas y plazuelas, las calles porticadas con sus cruces, y el sobresaliente espacio escénico de Platerías.

Este gran espacio público, teatro de la vida civil de la ciudad, estaba entonces acompañado de otro gran espacio público peor tratado por la historia, denominada la Plaza de San Pablo o de Palacio. Ventura Seco lo denomina plazuela, pero era un imponente espacio cerrado y muy cercano en tamaño a la plaza Mayor. La maqueta que hoy puede verse el Palacio Real, hecha en 2003 para la exposición *La plaza de San Pablo. Escenario de la Corte* por iniciativa del académico Jesús Urrea, permite vislumbrar la relevancia de dicho espacio, contraste cortesano del espacio mercantil de la Mayor. El entonces director del Museo Nacional de Escultura veía en esa pieza el germen de un Museo de maquetas sobre la historia urbana de Valladolid. Habría que retomar esta idea, comenzando por estos dos conjuntos⁵.

De la realidad efímera de la propia ciudad es ejemplo esta “Plaza Real”, que lo es sólo en el tiempo en el que la ciudad es sede de la Corte. La fuga de la Corte y su breve retorno son elocuentes en una ciudad hecha no sólo de lugares, sino jalonada por acontecimientos. Episodios excepcionales de la ciudad como los dos referidos facilitan el reconocimiento de la historia tanto en la materialidad de la ciudad, historia como sucesión de episodios reconocibles, como historia de la construcción de una particular identidad urbana. Esta identidad es la que debe ser conservada y fortalecida. Este es el sentido del concepto de “Paisaje Urbano

⁴ Rossi, Aldo, 1982, “La arquitectura de la ciudad”, Barcelona: Gustavo Gili (1ªed. 1966).

⁵ Se cuenta con materiales de valor para ello, en particular “La maqueta de Valladolid según el plano de Bentura Seco”, ver texto de Juan José Fernández en “Valladolid 1738”, Ayuntamiento de Valladolid, 2016



Fig. 4 y 5. Proyecto para el centro de Valladolid, de Francisco de Salamanca, 1561, según José Altés, 1998. Maqueta de la plaza de San Pablo, según J. Urrea, Juan de Dios y Jesús Rey, 2003. Diputación de Valladolid (en depósito en el Palacio Real).

Histórico” que UNESCO lleva desde hace ya un tiempo impulsando⁶. Con la intención de “superar” los conceptos de centro histórico o de conjunto histórico, UNESCO acude al concepto de paisaje a pesar de sus ambivalencias o ambigüedades, afirmando la mirada. El Paisaje Urbano Histórico se asocia a cada área urbana que necesita ser comprendida como “*resultado de la superposición de valores culturales y naturales*”. En los espacios urbanos históricos más valiosos, la vista, que nos acerca al paisaje, nos acerca a su comprensión. Pero la gestión de los espacios protegidos exige para ello una aproximación desde un contexto más amplio, con su inserción en sus medios geográfico y urbano específicos...

En cualquier caso, la dificultad de la lectura sistémica de la ciudad, de su reconocimiento como un todo articulado por unas partes que hoy pueden parecer simples fragmentos, se incrementa cuando nos alejamos de los lugares más excepcionales. Decimos paisaje histórico hoy, caminando por una ciudad que conserva en su interior amplios muros detrás de los cuales permanecen mundos que apenas conocemos.

2. Valladolid, ciudad conventual, ciudad verde. Huellas y desapariciones

Siempre me han conmovido las reflexiones de Federico García Lorca (1898-1936), entonces joven desconocido, que en 1916 y 1917 viaja con uno de sus profesores por algunas ciudades de la Castilla la Vieja. Allí percibe “una sombra de muerta grandeza” y, con intensidad traslada sus impresiones a sus notas de viaje. Estos recuerdos son el material de su primer libro, “Impresiones y paisajes”, de 1918, escrito en prosa con 20 años. La sensibilidad de este

⁶ “*Recommendation on the Historic Urban Landscape, HUL*”, UNESCO 2011.

joven descubre a la vez el encanto y la decadencia de unas ciudades abandonadas en el tiempo. Comienza Lorca su libro con el epígrafe “Meditación”:

Hay algo de inquietud y de muerte en estas ciudades calladas y olvidadas. No sé qué sonido de campana profunda envuelve sus melancolías; pero, sin embargo, qué cansancio dan al corazón... (p.8).

Toda España pasada y casi la presenta se respira en las augustas y solemnísimas ciudades de Castilla... ¡Ciudades de Castilla llenas de santidad, horror y superstición! ¡Ciudades arruinadas por el progreso y mutiladas por la civilización actual!... Estáis tan majestuosas en vuestra vejez, que se diría que hay un alma colosal... ¿Qué os dirán las generaciones venideras? ¿Qué saludo os hará la aurora sublime del porvenir? (p.9)⁷.

Casi todo ha cambiado desde aquellos lejanos años en los que España permanecía semi-dormida e inmersa en la extraña y corta prosperidad concedida a la Restauración por su neutralidad en la Gran Guerra. Pero, ¿cómo era Valladolid entonces? Consolidada la “burguesía harinera” descrita por Celso Almuíña, amortiguado el eco regeneracionista, es el tiempo de Cesar Silió (1865-1944), del académico Juan Agapito y Revilla (1867-1944) o de Santiago Alba (1872-1949), en una ciudad dotada de cierto optimismo. En 1908 se finalizaba el nuevo Ayuntamiento de la ciudad y en 1921 se comenzaba el edificio actual de la Academia de Caballería. Espejismo o no, en esos años de transformación el patrimonio histórico de la ciudad sigue languideciendo. El pasado se contemplaba de otra manera.

Porque la ciudad arruinada por la que pasea Lorca también está en Valladolid, encajada en sus barrios, escondida tras el impulso reformista de la sociedad de Miguel Íscar (1828-1880) que va a afectar en gran medida a una zona concreta de la ciudad, entre la Plaza Mayor y la Catedral, el Campo Grande y la Estación del Norte. En el resto de la ciudad, en sus amplios rincones, también descansa el “*alma colosal*” que percibía el poeta cuando increpa: “*¡Ciudades de Castilla, estáis llenas de un misticismo tan fuerte y tan sincero que ponéis el alma en suspenso!*”⁸.

Misticismo enrarecido con el paso del tiempo. La ciudad de palacios y de conventos del siglo XVII, que analiza gráficamente Álvarez Mora (ver fig. 6 y 7)⁹, se eclipsa poco a poco; los palacios cuando la corte se aleja y los conventos, empobrecidos, con la desamortización de 1835. La transformación interior de la ciudad que tiene lugar entre 1850 y 1900, va a realizarse de manera singular sobre los conjuntos conventuales masculinos desamortizados, con casos paradigmáticos de desapariciones como los conventos de San Francisco, la Trinidad Calzada y los del entorno del Campo Grande o con la modificación y reuso de inmensos complejos como el de San Benito-San Agustín o del propio San Pablo. Una realidad que sigue llamando la atención, aunque está bien narrada, tanto en lo que queda como en lo que ha desaparecido¹⁰.

⁷ García Lorca, Federico, 1991, “Obras completas. Tomo III”, Madrid: Aguilar.

⁸ García Lorca, Federico, op. cit., pag. 10.

⁹ Álvarez Mora, Alfonso, 2005, “La construcción histórica de Valladolid” (Capítulo 6, “Las transformaciones del espacio tradicional”), Universidad de Valladolid.

¹⁰ Por ejemplo, de lo que queda, por Juan J. Martín González y F^o. Javier de la Plaza, 1987, “Monumentos religiosos de la ciudad de Valladolid (Conventos y Seminarios)” en el Catálogo Monumental de la Provincia de Valladolid. Parte Segunda, Tomo XIV. De lo desaparecido por M.^a Antonia Fernández del Hoyo, 1998, “Patrimonio perdido. Conventos desaparecidos de Valladolid”. Ayuntamiento de Valladolid.



Fig. 6 y 7. La ciudad palaciega y la ciudad conventual en el s. XVII, con murallas del XII y del XIV. Fuente: Alfonso Álvarez Mora, "La construcción histórica de Valladolid" 2005.

El magnífico Plano de Valladolid de 1738 de Ventura Seco, rescatado en 1901 por Agapito y Revilla, sigue siendo una fuente imprescindible de información histórica, aunque se trata de una reproducción de la ciudad *"...no exenta de artificio... por cuanto bajo la grandiosidad del dibujo se oculta una ciudad semi-abandonada y en estado ruinoso"*¹¹. La ciudad era ya en la primera mitad del siglo XVIII una ciudad envejecida. El "ensanche hacia adentro" que se realiza en Valladolid durante la segunda mitad del siglo XIX, y que se prolonga en la primera mitad del siglo XX, como ya he indicado, no afecta a la ciudad de manera homogénea. Un factor de resistencia va a estar en las propias estructuras conventuales que se mantienen, tanto las de órdenes femeninas que conservan su destino como otras donde el patrimonio eclesiástico convive con nuevos usos o con el simple abandono. Se trataba de una cantidad de suelo y de edificaciones ingente. Ventura Seco recogía un total de 48 monasterios y conventos, de frailes y de monjas. Valladolid era una ciudad no sólo de templos, de tapias y de claustros, sino de jardines y huertos, una ciudad profundamente "verde" en su interior.

¹¹ Comentario del plano nº 12, en 1991, "Cartografía histórica de la ciudad de Valladolid", Ayuntamiento de Valladolid, p. 40. Es controvertido dar cuenta del alcance de la decadencia de la ciudad de Ventura Seco. Éste la describe en la leyenda de su plano con elogios. En su "Valladolid en 1738" (en "Valladolid 1738", Ayuntamiento de Valladolid, 2016), María Antonia Fernández del Hoyo hace un relato bien documentado de la ciudad en el año del plano, y resulta un relato positivo y vital.

Este rasgo de la ciudad me interesa en particular, porque cuando se habla de patrimonio perdido o se fomenta la reflexión, casi siempre inútil, de lo que una ciudad podría haber sido, se acentúa el valor de lo edificado y se descuida el valor de lo que sólo parecen espacios vacíos.

Valladolid era una ciudad verde. El plano que realiza de Valladolid en 1788 Diego Pérez Martínez¹², donde se señalaban los efectos de unas inundaciones, es muy elocuente¹³. Señalo en la figura 8 una serie de espacios de borde, en su mayoría públicos, que daban cuenta de una ciudad que había sabido integrar desde sus bordes los componentes de su paisaje. En el sentido de las agujas del reloj tenemos el Campo Grande al sur; en la orilla del Pisuerga y al oeste, el Espolón Viejo y el Espolón Nuevo con su plantío; el norte las huertas de Santa Teresa y Santa Clara; y al noreste, el Prado de la Magdalena, por donde entraba en la ciudad uno de los ramales del Esgueva. El otro ramal define el borde urbano hasta cerrar el círculo en el Campo Grande. En gran medida se trataba de bienes comunes que permitían definir los bordes de la ciudad y establecer las transiciones con sus arrabales y el campo. En la vieja ciudad del Esgueva, un espacio interior cada vez más compacto se organizaba en torno a plazas y calles. En el centro estaba la “plazuela” de San Miguel (todas son plazuelas menos la Mayor), casi equidistante de la Plaza Mayor, la de San Pablo y la de Santa María-Universidad. Intramuros había patios, claustros, jardines y huertos, un sin fin de *locus amoenus* que Pérez Martínez no dibuja. También extramuros. Eloísa Wattemberg nos desvelaba “El lugar de la Villa de Prado”, un “lugar apacible” donde se recrea la vista, según escribía Canesi Acevedo en 1750: “...*riberas y viñas, antiguas posesiones de mayorazgo y tierras de labor... matizadas de exquisitas flores, aun a mucha distancia, muchas casas de campo y apacibles objetos, siendo el principal el de la Huerta del Rey...*” La ciudad trasciende sus límites, entonces tenues, y penetra en “*sa champagne*”, en un tiempo en el que la interacción ciudad-campo arraigaba no solo en el paisaje, sino en la vida que se desplegaba a lo largo de la vega del Pisuerga¹⁴. Sin hacer hipótesis excesivas, los propios planos de la Valladolid del siglo XVIII muestran como el campo surge de la ciudad sin solución de continuidad, los caminos y las tapias penetran en un entorno poblado de fincas y caseríos.

Esta ciudad verde evoluciona con la llegada del ferrocarril en 1864, momento en el que va a comenzar su expansión sobre los campos y villas de su entorno. Poco a poco la ciudad se transforma en una ciudad densa y mineral, conservando su compacidad, urbanizando espacios

¹² Es bien sabido que Diego Pérez Martínez (1750-1811), pintor y pionero de nuestra Academia, era hijo del ensamblador vallisoletano Ventura Pérez (1704-1784), que elaboró su *Diario* dedicado a la ciudad. Ventura dibuja las fachadas de los principales edificios para ilustrar la “Historia de Valladolid” de Juan Antolínez de Burgos (terminada en 1644), dando forma a un interesante documento. Ver Wattemberg, Eloísa, 2016, “La ciudad figurada”, en *Valladolid 1738*, Ayuntamiento de Valladolid.

¹³ La cartografía es una fuente limitada para describir el estado de una ciudad en un tiempo determinado. Necesita ser ilustrada con datos y también imágenes sus condiciones. La abundancia de las imágenes, sus perfiles, son también un dato. El grabado del Auto de Fe en la Plaza Mayor de Valladolid de 1559, con el que el Alexandre de Laborde acompaña la crónica de su viaje (1806), el Plano topográfico del Convento de San Francisco de 1835 (AM de Valladolid), o los dibujos de Diego Pérez Martínez del Campo Grande de 1787-88, son pruebas elocuentes de momentos de la ciudad que destacan sobre otros. Los tiempos de atonía carecen de imágenes.

¹⁴ Eloísa Wattemberg, 2008, “El lugar de la Villa de Prado”, en *Cantharus. Revista Asociación de vecinos de Villa de Prado*, nº 1, Valladolid.

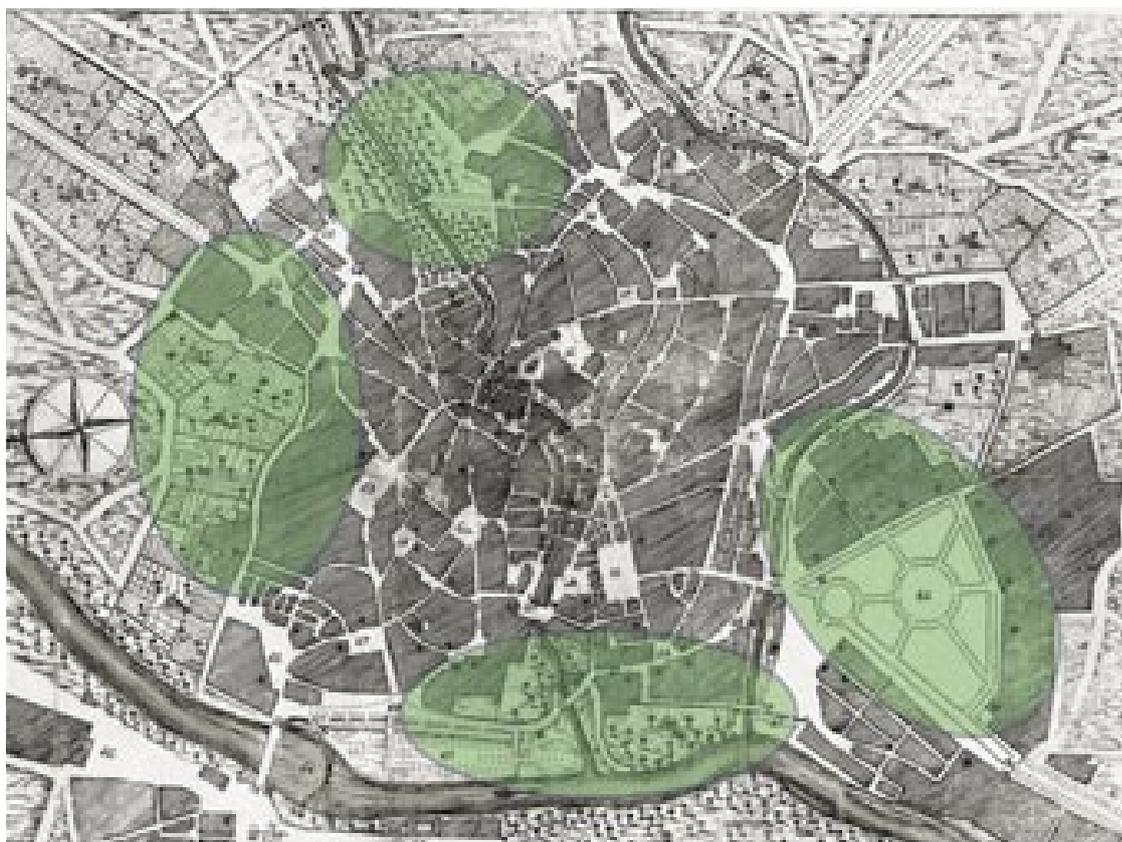


Fig 8. En el plano, que en su leyenda da cuenta de todos los espacios públicos de la ciudad, se destacan el Campo Grande, el Espolón Viejo y el Espolón Nuevo con su plantío, las huertas de Santa Teresa y Santa Clara y el Prado de la Magdalena. (Plano de Valladolid por Diego Pérez Martínez, Académico, 1788; copia realizada en 1900 por Juan Agapito y Revilla. AMVA)

conventuales sin necesitar grandes operaciones de reforma interior. Las pocas emprendidas, como la calle Felipe II, controvertida, se alarga en el tiempo. Hoy la unidad renacentista de los espacios de la Plaza Mayor y de su entorno y los de la Plaza de San Pablo y de su entorno todavía destacan por su solvente homogeneidad.

3. Claustros, patios, huertos y tapias... la ciudad escondida. Algunos lugares son especiales.

El interés que despierta en mí la Valladolid verde previa a la “revolución ferroviaria” parece alejarme en este texto de su principal objetivo, la ciudad conventual. Sin embargo, ayuda a centrar mi enfoque, pensar la ciudad conventual en presente, reflexionar sobre lo que todavía se conserva. La integración vital entre ciudad y campo hoy permanece enclaustrada tras las tapias de algunos conventos, y mientras las principales plazas se conservan, mejoradas o no, el resto de espacios públicos de la ciudad evolucionan de manera desigual. El Campo Grande modifica su identidad en el último tercio del siglo XIX, reconvertido por los Oliva,

tío y sobrino, en jardín romántico. Los Espolones y el Prado de la Magdalena perviven troceados e invadidos, perdida su potente caracterización histórica. Pero son los conventos femeninos que hoy jalonan el centro histórico de la ciudad los lugares de encrucijada entre un pasado que se difumina y un futuro cargado de incertidumbre.

Me voy a detener sólo en dos grupos de espacios, el formado por los conventos de Santa Teresa y de Santa Clara y el formado por la Iglesia de Santa María Magdalena y el Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas. Son lugares fagotizados por la ciudad actual donde, si nos detenemos serenamente, sobresale su encanto. Pero hay otros muchos lugares excepcionales, muy transformados. El plano de Ventura Seco es una guía excepcional para detectarlos. El monasterio de San Benito y su entorno recogidos en el plano de 1738 son imponentes. Las intervenciones recientes en el Patio Herreriano y en San Agustín muestran el potencial de una ciudad que recupera espacios y los incorpora a la vida urbana, con sus claros y sombras. Caminando hacia el Norte por el convento de Santa Isabel, por la calle de Santo Domingo junto al convento de Santa Catalina de Siena, y por la calle Expósitos hacia la plaza de la Trinidad y la calle San Quirce, el claroscuro se acentúa y se carga de ansiedad ante el espejismo de una urbe cenobítica. El compacto “casco” histórico esconde otros vestigios casi aislados. El más extraño es el Convento de Porta Coeli, “Las Calderonas”, con sus huertas entre dos calles muy transitadas. El Monasterio de San Joaquín y Santa Ana, en el corazón comercial de la ciudad, también esconde su huerta. En una esquina del barrio de San Martín permanece el convento de Las Descalzas Reales con su claustro y huertas. Allí, en la calle Chancillería, gracias a la Universidad, la ciudad conserva su porte renacentista y su escala. Son espacios donde, a pesar de sus cualidades, sus usos conviven con serenidad inmersos en la vida cotidiana de la ciudad. Vayamos a las huertas de Santa Teresa y de Santa Clara, y a la esquina sur del Prado de la Magdalena, lugares de ermitas y puertas, de frutales, flores y tumbas.

Las Carmelitas Descalzas fundaron primero al sur de Valladolid, pero un año después, en 1569, se instalan en el solar del actual convento de la Concepción del Carmen, o de Santa Teresa. El edificio del convento, con su patio-zaguán y su tapia que definen la “rondilla”, límite secular de la ciudad, esconde un huerto singular. Escribe Javier Burrieza, “... tres ermitas en medio de un campo donde las monjas cultivan flores que venderán en mayo... Una huerta de esas que hacen olvidar a los que la pisan que se encuentran dentro de una ciudad”¹⁵. Hoy son los testeros de las viviendas del barrio los que delimitan esta hermosa huerta. De la calle de la Rondilla se avanza hacia la de Santa Clara, donde permanece lo que fue uno de los conjuntos conventuales más antiguos de la ciudad, creado extramuros en el siglo XIII por los franciscanos y pronto destinado a las hermanas de Santa Clara de Asís. “Las Claras”, sobre cuyas amplísimas huertas creció la ciudad, conserva un vestigio de las mismas en el interior de una gran manzana residencial cuyas alineaciones siguieron la traza de las antiguas tapias conventuales. En mi opinión estas dos huertas, de las santas Teresa y Clara, deberían protegerse con la radical exigencia del monumento, porque lo son, espacios donde la ciudad respira un aire diferente que necesitamos se conserve, sea cual sea la fórmula de gestión, ojalá durante mucho tiempo por sus propias comunidades.

¹⁵ Burrieza, Javier, 2009, “Convento de Santa Teresa: una huerta plagada de ermitas”, en *Guía misteriosa de Valladolid*, Urueña, Va.: Castilla Tradicional ed., p. 47.



Fig. 9 y 10. Los conventos de Santa Teresa y de Santa Clara en el Ventura Seco, 1738, y en una imagen reciente de Google Maps (2023).

Como se verifica en el Ventura Pérez, la Iglesia de Santa María Magdalena y el Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas comparten una esquina. Se levantan en lo que fuera el rincón sur del Prado de la Magdalena, perdida su unidad por su ocupación con edificios universitarios. Frente a la Facultad de Medicina, tras un amable jardín público triangular, levantan sus muros dos espacios donde se agolpan identidades y símbolos de la ciudad. Dos sepulcros, cada uno en la nave de su iglesia, dan cuenta de ello. La reina María de Molina (1264-1321), que protegió su linaje con la ayuda de la ciudad en tiempos de anarquía, donó a las monjas su palacio levantado en el Prado. Del ciclo de destrucción y reconstrucción queda la puerta, vestigio mudéjar y testigo de la 2ª cerca. Al lado del monasterio que aquí florece, don Pedro de la Gasca (1493-1567), abulense fiel al emperador en la guerra de las Comunidades, Virrey y pacificador del Perú, obispo de Palencia y de Sigüenza, ordena en 1566 levantar una iglesia sobre una antigua ermita, con el inmenso escudo de su casa en la



Fig. 11 y 12. Iglesia de Santa María Magdalena y Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas. Recorte del Ventura Seco e imagen de Google Maps con las plantas de las iglesias superpuestas.

fachada. En los muros y tapias de borde e interiores, en esta manzana irregular que contiene los dos templos, el monasterio –hoy escuela– y la casa parroquial, el arco mudéjar y tres bloques de viviendas... encontramos un microcosmos de la propia ciudad y de los vaivenes de su construcción material.

Sentados en la plazuela ajardinada, junto a la Avenida Ramón y Cajal y al abrigo de los muros de los dos templos, es posible hablar del espacio urbano “vacío” como fuente de sentido. El negativo de lo edificado es explicativo. Allí es donde nos movemos, desde donde la mirada nos ofrece el primer acceso a la ciudad y a sus mundos, donde nos preguntamos sobre qué ocurre tras los umbrales, los muros y las tapias... porque la vida urbana mezcla lo privado y lo público y a la vez lo separa. Junto a los espacios de ruido y de tránsito, la vida ocurre adentro. Al esplendor de las plazas cargadas por la actividad y el ocio, por el bullicio del día a día y de la fiesta, se enfrenta la ciudad escondida, en sus claustros, huertos, jardines y patios... tan necesaria, aunque sólo lo sea para ser descubierta.

4. Los conventos mañana: Las Catalinas como paradigma

En un reportaje del diario digital El Confidencial (6/11/2022), titulado “*El repicar de las campanas se apaga: amenazado el patrimonio religioso de Castilla y León*”, al hilo del “cese de actividad” en los últimos diez años de al menos 32 conventos y monasterios de la región, se daba cuenta de un problema marcado por la diversidad de situaciones y la ausencia de información. La crisis de vocaciones que afecta a las instituciones religiosas conduce a decisiones que cada comunidad asume con su propia lógica, abandonando los edificios y disponiendo de sus bienes muebles de manera dispar. No existe una respuesta coherente capaz de interpretar estos procesos y de ofrecer soluciones viables a problemas comunes. Cada convento que se cierra es un caso particular. Si el patrimonio asociado al mismo no está inventariado y protegido, desaparece.

El Ayuntamiento de Valladolid adquirió en 2018, por 5,8 millones de euros, el Convento de Santa Catalina de Siena, situado en el corazón del centro histórico de la ciudad. Se trata sin duda de una situación excepcional, ya que gracias a ello el conjunto, declarado BIC en su totalidad en 1979, conserva su condición de bien público. También por ello lo que ocurre con este conjunto va a permitir hacer un balance de la capacidad que tiene nuestra sociedad para respetar lo mejor de su pasado y proyectarlo hacia el futuro.

Este convento de las Madre Dominicas fundado en 1488 ha estado durante 530 años vinculado a la vida de la ciudad, con su acceso en la tranquila calle de Santo Domingo de Guzmán, verdadera reliquia de la antigua ciudad, habitando sus monjas tras su gran tapia de la calle San Quirce, parte de la corredera de San Pablo que iba desde Las Angustias hasta el Espolón, la más imponente de la ciudad. Allí está el solar de los Benavente y enlaza con el Palacio Real y San Pablo. Un lugar, en definitiva, de gran valor por posición y tamaño¹⁶. El Ayuntamiento ha comenzado consolidando el edificio y reparando los daños más evidentes, encargando un amplio estudio del mismo, como base para un Plan Director. Éste es aprobado definitivamente en junio de 2022 sin atender a las alegaciones de nuestra Academia. Más allá de la licencia que ofrece el *ius variandi* al gobierno local, la realidad es que el Plan Director se ha concebido como un simple plan de usos, equivalente a un Plan Especial, pero sin desarrollar ni su contenido urbanístico –condiciones de la edificación– ni su contenido patrimonial –estrategias de intervención–, confiando en que ello se concrete en su desarrollo mediante proyectos y sus correspondientes licencias, incluyendo un avance de dichos proyectos encargado sin concurso a un equipo de arquitectos madrileño. Aquí está el meollo del asunto. Empezaba bien cuando la Alcaldía de la ciudad, con la ayuda de fondos europeos, resolvió crear en el convento un centro de promoción del vino –*Espacio Valladolid, con V de vino*–, incluyendo un “hotel-boutique”, procurando la recuperación integral de edificaciones y espacios libres. Sin embargo, esta idea se ensucia añadiendo un mix funcional de extraña compatibilidad: piscina, gimnasio, espacio para mayores y archivo. La fragmentación del edificio en cinco destinos de uso incumple de partida

¹⁶ El convento ocupa la parcela catastral 60334-02, dentro del Conjunto Histórico de Valladolid, con 10.438 m² de superficie total y con unos 6.230 m² construidos. La ficha del Catálogo de Arquitectura e Ingeniería, del Catálogo del PGOU vigente (Ficha DSR 016), establece que la totalidad de la parcela cuenta con el grado de protección P1 (estructural), máximo, como corresponde a un BIC.



Fig. 13. El Convento de Santa Catalina de Siena en una foto aérea de 1977. Fuente: Vuelo Interministerial 1973-1978.

el objetivo de salvaguarda integral del BIC, en la medida en que desprotege el conjunto de los espacios libres (las huertas y patios del convento) y altera las tapias del convento¹⁷. No me voy a extender en ello, porque el propio Plan Director ofrecía una solución moderada, ajena a la hiper-explotación de un recurso cultural, de un “monumento”, con la coartada de prestar diferentes servicios al barrio, como si fuera imposible prestarlos en otro lugar.

En una imagen aérea de 1977 (fig. 13) se puede comprobar el estado sano y en pleno uso de las huertas del convento. Es una imagen singular porque está tomada en el instante previo a la gran transformación, donde aparece el convento rodeado de solares, como el de las Moreras, frente al río, el de la Calle Santo Domingo, sobre las huertas de Santa Isabel, se ve el caserío menudo de la manzana hacia San Ignacio, frontón incluido, y el gran solar de la esquina San Ignacio-Encarnación... El proyecto de viviendas que se levanta en Santo Domingo, del académico López de Uribe, respetando las antiguas tapias y retranqueando la alineación de la fachada, es en mi opinión uno de los primeros y mejores intentos de integración respetuosa del espacio residencial contemporáneo en la ciudad antigua. Desgraciadamente la contención formal y volumétrica de este proyecto, su adecuación en materiales y colores, no fue la regla.

Es evidente que la ciudad cambia, como es casi una boutade afirmar que el re-uso de un convento no puede pensarse exclusivamente para otro convento, aunque así ha sucedido

¹⁷ La ficha del catálogo dice expresamente: “*El conjunto del convento se protege con un grado integral, que engloba tanto la configuración exterior, como la estructura, tipología y organización interior, diferenciándose un cuerpo con protección P1 monumental. Asimismo, se protege estructuralmente el conjunto de los cierres de la parcela, tanto a la calle Santo Domingo de Guzmán como a San Quirce. La protección de extiende asimismo a los espacios libres de la parcela*”.



Fig. 14 y 15. El convento de “Las Catalinas” en la calle Santo Domingo: la escala de la ciudad antigua, el valor de las tapias, la serenidad del espacio... son evidentes, ¿se pueden conservar?

con frecuencia. El asunto de la convivencia de la ciudad del ayer con la del mañana siempre será controvertido. Por ello para finalizar me gustaría hacer una precisión y contar una historia.

La modelo dominante a lo largo de la historia para transformar la ciudad, una ciudad que está “construida históricamente”, ha sido “destruirla creativamente”¹⁸. No quiero recordar lo que hubiera ocurrido en Valladolid si se hubiera aplicado el famoso Plan Cort de 1938. El proceso de transformación urbana facilita de hecho un verdadero examen (incluso un rápido test) de la condición y de la calidad de una cultura urbana –ciudadana– concreta en un momento concreto.

Muy cerca de Las Catalinas, en el convento de San Pablo, estuvo durante un breve tiempo “La Anunciación” de Fray Angélico que hoy se conserva en El Prado. Pintada en torno a 1426 para el retablo de una Iglesia en Fiésole, muy cerca de Florencia, los frailes se la vendieron en 1611 al condotiero Mario Farnese, que a su vez se la regaló al duque de Lerma, valido de Felipe III. Esta tabla era entonces famosa por ser una hermosísima copia, entre tantas, del fresco milagroso de la L’Annunziata. La caída en desgracia de Lerma conduce a que el cuadro se traslade de su panteón familiar al Convento de las Descalzas Reales de Madrid. La Virgen recibe al ángel en un pórtico que es trasunto del de la Iglesia Florentina

¹⁸ El concepto clásico en la economía de “destrucción creativa”, acuñado por el premio Nobel Joseph Schumpeter (1883-1950) para explicar el proceso transformador del capitalismo, destacó cómo un “vendaval de innovación” que renueva permanentemente la economía desde dentro conduce a un proceso de creación y destrucción de riqueza también permanente... ¿y la cultura?

de L'Annunziata. Mientras, del hermoso jardín huyen Adán y Eva. Sin entrar en otras reflexiones, quiero imaginar una recuperación de Las Catalinas en la que el edificio y su jardín sean, como en este cuadro, una realidad fundida, con o sin un cielo imaginado en las bóvedas de arista. *“Todas las melancolías tienen esencia de jardín”*, escribía el joven Lorca¹⁹. Los pobres frailes de Fiésole vendieron *La Anunciación* a Farnese para poder reparar su iglesia, un cuadro que hoy tiene un valor incalculable. En la pared de una de las celdas del Convento de San Marcos de Florencia se conserva otra de las *Anunciaciones del Beato Angélico*, realizada entre 1438 y 1440, muy diferente, austera, interior, bajo una bóveda brunelleschiana sin decoración, sin jardín y sin Adán y Eva, con un hermano dominico que la contempla en una esquina. *“Cuando Angélico podía hacerse un encargo a sí mismo, sabía declinar la nueva lengua del Renacimiento con una espiritualidad que conseguía mantener unidas la materia del mundo y la fuga hacia lo alto”*²⁰. Nosotros,



Figura 16. “La Anunciación”, Fra Angélico 1426. Museo del Prado, Madrid.

amigos del ruido y del relleno, no parecemos capaces de hacerlo. Si la historia del Duque de Lerma hubiera sido otra a lo mejor hoy podríamos acercarnos a La Anunciación de Fra Angélico en San Pablo. La conservación de un convento, sea cual sea el destino de los usos acordados, va más allá de su utilidad. Nuestro mundo, tan centrado en sí mismo, tiene allí la posibilidad de encontrarse sin sobresalto con un saber contemplativo universal, sencillo y dotado de sentido.

¹⁹ Federico García Lorca, op.cit., p.89.

²⁰ Montanari, Tomaso, 2021, “La seconda ora d'arte”, Turín: Einaudi, pag. 44.